BIBLIOGRAFIA COSTARRICENSE

BARAHONA JIMENEZ, LUIS, El Ser Hispanoamericano, Madrid, Gráficas Uguina, 1959, 290 pgs.

Se trata de un estudio analítico del ser hispanoamericano, de lo que fue, de lo que actualmente es y de lo que puede llegar a ser, al través de los factores que lo constituyen permanentemente. Entre estos factores, el A. encuentra dos fundamentales: el indio v el español, a cada uno de los cuales dedica un capítulo de su obra. El indio americano, dadas las circunstancias en que vivía, alcanzó una cultura bastante elevada, que se manifestó especialmente en la escultura, en la arquitectura, en la agricultura, en la cerámica, en la fabricación de otros objetos y aun en la economía dirigida. En cambio, en el aspecto religioso, el indio quedó esclavizado por las supersticiones, por el fatalismo y el pesimismo derivados del panteísmo, por los ritos bárbaros, como los sacrificios humanos y los martirios de los creventes. No se encuentra en la religión india un elemento espiritual que levante o estimule la persona humana, o que lo haga confiar en un Dios providente. Tampoco la legislación india reconoció el valor de la persona humana, ni creó el sentido de la libertad o de la responsabilidad. La naturaleza imponente y majestuosa que rodeaba al indio, la fiereza de las selvas tropicales, la fragilidad de la vida humana contribuyeron, junto con los factores antes mencionados, a formar en el indio una naturaleza triste, melancólica, pesimista.

El A. encuentra en el español una intuición que le permite penetrar con facilidad aun en los asuntos más complicados. Pero esa gran capacidad de comprensión no va acompañada de esfuerzo continuo, de perseverancia para desarrollar las ideas, lo que ha impedido que el genio español alcance el lugar que le corresponde en el saber humano. Hay en el español impetuosidad pasional, energía, confianza en el poder de su persona y en su libertad para llegar, con la ayuda divina, a la conquista de Dios, su bien último. El español vive en función de la eternidad, aspirando a su salvación personal y menospreciando los valores inferiores de la vida. En filosofía es realista, y por eso posee un sentido práctico y activo. En cuanto al orden social, el español es individualista y aun anárquico.

Pasa el A., después del análisis anterior, a realizar el estudio sistemático del ser hispano-

americano en sus variadas dimensiones. En cuanto al aspecto intelectual, encuentra tres notas dominantes: vocación de universalidad, tendencia fáustica de expansión vital y presentismo. La inteligencia del hispanoamericano se caracteriza por una vocación muy decidida hacia lo universal, que le lleva a penetrar en la sabiduría europea y en la oriental. En esa característica radica la esperanza de que el hispanoamericano, una vez que haya trascendido y unificado las conquistas anteriores del pensamiento, construya una cultura propia, original, en la que exponga lo más íntimo de su ser y de su pensamiento. El hispanoamericano, como el español, tiene capacidad intuitiva y una comprensión muy rápida, pero carece de espíritu de observación. Posee, además, el hispanoamericano un exceso de imaginación, heredado en parte de los andaluces, y en parte estimulado por la riqueza del paisaje tropical; esa condición le lleva a menudo a contradicciones entre la teoría y la práctica.

Hay una vitalidad expansiva en el hispanoamericano, que el A. denomina "tendencia fáustica de expansión vital", que lo conduce siempre a la acción. Es un inquieto hacer y deshacer, una insatisfacción por lo que se es, un afán de ensayar aun sin contar con el conocimiento indispensable. Ese dinamismo que se manifiesta en todos los órdenes: vegetativo, intelectual, artístico, moral, político, social, es también una necesidad de crecimiento, es el tratar de acrecentar las formas de vida, asimilando lo ajeno, antes de poder llegar a crear algo. También es explicable por la urgencia que se presenta a los pueblos nuevos americanos de resolver los problemas del vivir cotidiano, cuya solución no puede ser aplazada.

Los pueblos jóvenes de América, que todavía no han llegado a su plenitud, no sienten la importancia de lo histórico, viven en lo que el A. llama "presentismo", un ir hacia lo presente para utilizar la realidad que les es dada. No hay aprecio hondo por el pasado, ni previsión del futuro, ya que no se ha recorrido un ciclo vital sino parcialmente. Se trata de aprovechar bien la juventud, antes de alcanzar la madurez que permita construir un mundo nuevo.

Analiza el A. la afectividad del hispano-

americano, encontrando los siguientes caracteres bien definidos:

- a) Tristeza y melancolía. En la raza india se encontraban ya esos caracteres, que perduraron al mezclarse con la raza hispana.
- b) Carácter acogedor y benigno del hispanoamericano, que ha atraído a sus playas a los extranjeros; éstos, a sus vez, han aportado nuevos elementos al mestizaje.
- c) Languidez espiritual, que produce una acción manejada por el instinto, una "tendencia fáustica", en vez de ser una acción originada por las ideas, por las convicciones. Es indispensable procurar al hispanoamericano el conocimiento claro y profundo de las cosas, el concepto elevado de la vida, los ideales éticos y la convicción de que puede mejorar su vida material, cultural y espiritual.
- d) También se nota la falta de una integración espiritual con el prójimo, que encauce en forma adecuada el sentimentalismo del hispanoamericano, que lo lleve a comprender y a practicar mejor la amistad y que lo haga preocuparse por el mejoramiento de su comunidad. El individualismo del español y la falta de sociabilidad india reaparecen en el hispanoamericano, en el egoísmo, en la envidia, en el caudillaje, o en la indiferencia por el bienestar de los otros miembros de la colectividad.
- e) Vivencia de la libertad, en la cual se encuentran muchos ingredientes, además del deseo español de autonomía personal y de la influencia del pensamiento liberal. La condición de los pueblos americanos de estar abiertos a la inmigración, ha producido una tolerancia para el pensar, el sentir y el vivir de cada miembro de la comunidad, un respeto a la libertad personal, intensamente vivido en América.

Estudia también las notas predominantes en las producciones artísticas hispanoamericanas, entre las cuales encuentra: una fantasía poderosa, ternura y suavidad, la nota triste y quejumbrosa, el sentimentalismo. Falta todavía la moderación, el sentido de la proporción.

En cuanto a las condiciones éticas y religiosas del hispanoamericano, su vida interior no está de acuerdo con el desarrollo material externo. La idea de la muerte como descanso define al hispanoamericano como un ser pasivo que practica un cristianismo rutinario, sin aspirar a una perfección espiritual, sin una vida interior intensa. Le hacen falta principios morales y religiosos profundos, vividos intensamente, que sacudan su apatía, su pereza, ese abandono, esa falta de dominio propio y de disciplina, y que triunfen sobre las influencias negativas del ambiente. Hispanoamérica recibió de

los conquistadores y de los misioneros una civilización, una cultura, una religión que le permitieron levantar el nivel moral de la persona humana y formar una sociedad cristiana en sus estructuras más profundas. Hoy se ha llegado a una religiosidad muy superficial, en la que domina el aspecto emotivo. La fe se utiliza más que nada como un consuelo en los dolores y sufrimientos; se olvida su valor para impulsar el uso pleno de la libertad, para desarrollar los valores profundos individuales y sociales, para orientar y dar sentido a la vida humana.

Hay en esta obra un estudio serio, cuidadoso, documentado de todas las dimensiones constitutivas del ser hispanoamericano. El A. trata de confrontar las opiniones de los que se han ocupado de ese tema, con los hechos que él conoce, por su calidad de hispanoamericano y por su estudio sistemático de las manifestaciones diversas del ser analizado. Hay imparcialidad en la obra: el A. reconoce, no sólo los aspectos positivos, sino también los negativos del espíritu típicamente hispanoamericano. Su visión es plena de optimismo y de esperanza. Cree en la misión creadora cultural que le corresponde al hombre hispanoamericano, y que ha de realizar cuando alcance la madurez de su razón y de su conciencia. Al final examina en cuanto a su validez la tesis americanista, la hispanista y la occidentalista. La primera cree que es un elemento americano el que ha de constituirse en principio creador. En la segunda tesis se explica la esencia hispanoamericana por el aporte hispánico. En la tercera se considera que América y Europa constituyen una unidad cultural inseparable, de la que ha de provenir la dignificación total del hombre. El A., sin desconocer la influencia de la naturaleza y de la geografía, no acepta con los sustentantes de la primera teoría, un determinismo físico, ya que los hechos del hombre se explican principalmente por la acción libre de su espíritu. La tierra y el indio constituyeron el sustrato que dio origen al hombre mestizo. Pero ese sustrato no ha de ser considerado tan sólo como materia prima, ya que el indio absorbió las formas culturales superiores españolas mediante un proceso activo, utilizando sus ideas, su saber propio, superando su concepción del mundo. La cultura española transformó espiritual y culturalmente a América. El catolicismo constituyó el fundamento principal del ser hispanoamericano, sobre el que descansó su vida y su cultura. Además, se encuentran dentro de la cultura hispánica el legado grecoromano, los elementos propios del genio ibérico, y el idioma

como lazo de unión entre los pueblos hispanoamericanos. También se recibe en América la influencia europea, por las obras del pensamiento de los siglos XVIII y XIX y por los contactos personales con los inmigrantes europeos, o bien de los jóvenes que iban a estudiar al Viejo Mundo. El A. afirma que Hispanoamérica está incorporada a la cultura occidental, pero a través de la cultura ibérica; su humanismo es un humanismo cristiano, no de raíces paganas como el que viven otros países europeos. Por lo tanto, ha de fortalecer los lazos que la unen a la cultura española, si quiere cumplir plenamente con su destino. Hay en el hispanoamericano un fondo racial, que junto

con la influencia de la naturaleza circundante, diferencian su personalidad de la del europeo. El hispanoamericano sigue un proceso lento de perfeccionamiento cultural, espiritual y material, que le conducirá a su madurez histórica; entonces podrá producir una cultura, no diferente por completo de la europea, ya que el hispanoamericano se ha alimentado de esa cultura universal y de ella ha derivado los valores eternos, pero sí original y que podrá ejercer una influencia profunda y permanente en la cultura occidental.

MARTA JIMENEZ V.

En el Centenario de la publicación del libro de Darwin "El Origen de la Especies", Revista de la Universidad de Costa Rica, Nº 19 (Diciembre, 1959), 125 pgs.

La Revista de la Universidad ha dedicado un número monográfico a Darwin y al tema de la evolución. En conjunto,, es una de las publicaciones científicamente más valiosas que ha hecho la Universidad, tanto por la calidad de los estudios como por el panorama que cubren. Estos estudios son:

Teodoro Olarte: La filosofía tradicional y el evolucionismo.

John L. De Abate: La Evolución hasta Darwin y Wallace.

Rafael Lucas Rodríguez: El evolucionismo contemporáneo.

Antonio Balli: Evolución, ambiente y vida desde el punto de vista zoológico. Roberto Saumells: El darwinismo y la contribución británica a la cultura occidental. Gustavo Santoro: Analogías Biológicas en la Sociología.

Loren C. Eiseley: Los monos que hacían fuego.

Tolos los colaboradores, excepto Eiseley, son Profesores de la Universidad, y, debe decirse sin reparos, muestran el nivel científico y doctrinal de un cuerpo de investigadores.

En nuestro próximo número publicaremos algunos comentarios pormenorizados de algunos de los estudios.

N. de R.

ROBERTO BRENES MESEN, Lázaro de Betania, Ministerio de Educación, San José, 1959, *

El libro presenta, en su aspecto argumental, una sencilla trama que se desarrolla en el transcurrir de pocos días: a partir del momento en que Lázaro retorna a Betania. Sin embargo, aunque el episodio es breve en su mismo acontecer, sólo puede entenderse en su profundidad temporal, pues significa una continua relación con el pasado: Lázaro vuelve para reconocer el ámbito que a su cuerpo le era habitual, y parece que lo hace con el fin de encontrarse a sí mismo en aquel sitio lleno de recuerdos, sólo físicamente vividos. Y hay, por eso, unaconstante referencia a hechos pasados: la resurrección de Lázaro, la última cena, el momento en que María de

Betania ungió, entre sus cabellos, los pies del Maestro, lo que ella ha hecho después de la crucifixión de Cristo, lo que Lázaro ha visto y lo que en su total existencia le ha acontecido. La referencia no es sólo hacia un pasado próximo, sino también hacia un tiempo extenso que se remonta y se pierde en lo indeterminado.

El nudo argumental de la obra consiste en una tesis muy personal del autor: la resurrección de Lázaro ha sido sólo física; espiritualmente se ha operado en él un segundo nacimiento, pues otra conciencia ha sido enviada a dirigir su cuerpo. Literariamente considerado, es el centro alrededor del cual todo

gira, pues de ahí viene el hecho de que Lázaro se nos presente como un ser en conflicto, para lograr la integración y armonía de su dual naturaleza. Ahí se origina y se explica la característica temporal a la que hacíamos mención. Y también de ahí se desprende el motivo amoroso que corre paralelamente con el asunto central.

Desde un ángulo filosófico-psicológico encontramos que el renacer sirve de símbolo de lo humano, con una eterna posibilidad del espíritu, que sólo puede darse en la abertura del hombre hacia su interior, tanto en el aspecto individual cuanto en el histórico cultural de los pueblos. La lucha de Lázaro por conocerse representa el empeño más legítimo del hombre. Un misterio es en sí todo individuo. Cuando, por los caminos de la interioridad, puede al fin llegar al conocimiento de sí mismo, es como si su conciencia naciera a la luz de un nuevo día. Y es entonces cuando se le ilumina la comprensión de la existencia y del universo todo. Es lo que sucede a Lázaro tras la escena del Cenáculo, luego de haber narrado a Sara quién es: se posesiona realmente de sí mismo, se comprende con claridad (comprensión que completa en el pasaje de la cueva y con la visión del Maestro en el santuario) y tiene entonces una "videncia" de lo trascendental. En este momento "el misterio de su vida se ha resuelto en dos prodigios: acaba de saber quién es él, por qué se halla en ese cuerpo, qué ha venido a hacer al mundo precisamente cuando el Maestro estaba para alejarse de él. Segundo prodigio es la certidumbre de que posee una extraña videncia". "... Todo el Universo va haciéndosele transparente".

Hallamos que éste es un contenido conceptual frecuente en la obra de Brenes Mesén (lo que muestra la unidad de la misma) y que forma parte muy importante de su concepción filosófica del hombre en relación con lo divino universal. En otro lugar, por ejemplo, nos dice que "los dioses guardaron sus misterios en la secreta cámara del corazón del hombre". Quiere decir, por tanto, que el autoconocimiento conduce al conocimiento de la realidad.

Lázaro ejemplariza, por otro lado, el más arduo combate que el hombre puede realizar: el de sí mismo, aquél que se libra por conquistarse (que implica conocerse) y por dominar la poderosa naturaleza instintiva. El autor lo toma como símbolo (concertado en el centauro) de la dualidad existente en lo humano, es decir, entre el espíritu y el cuer-

po. Esa dualidad debe ser superada por los actos libres de la voluntad para alcanzar la verdadera unidad. Esto queda mostrado en la última escena que hay entre Lázaro y María, que es como bautizo de fuego para él: la prueba máxima a la que se le somete para que, ganándola, logre hacerse dueño de todo su ser.

Mas el libro alienta una fe optimista de que en estas luchas el hombre no está solo ni desamparado: por más que sea él mismo quien con absoluta resolución deba emprenderlas, siempre hay una luminosa *Presencia* que lo guía.

Y, finalmente, quién sabe si el autor no ha querido también simbolizar en esto, tras los recursos de ocultamiento que conllevan las vestiduras literarias, su propio acontecer espiritual.

Como ideológico trasfondo encontramos que Brenes Mesén responde, aquí como en casi todas sus obras, a corrientes doctrinarias de filosofías hindúes, interpretadas personalmente y acomodadas a su pensamiento de hombre occidental.

Retomemos la obrita en su lado literario para señalar algunas anotaciones que pueden ayudarnos a su comprensión.

Como primer dato encontramos que los asuntos bíblicos han ejercido un especial atractivo en el autor: en su temprana producción (en el último año del siglo XIX) el tema de la resurrección de Lázaro le sirvió para expresar en verso una tesis positivista que es, por tanto, muy distinta a la que este libro presenta, pero hay ciertos rasgos externos comunes: el sentido profético depositado en Lázaro y la profundidad visionario de sus "soberbios ojos". Juan y Jesús, de esta misma época, contiene la ideología del escepticismo que en aquel momento le caracterizaba. El tema de Salomé, que en el Lázaro de Betania aparece como subsidiario, constituye de por sí un poema de Hacia nuevos umbrales. También en ese poemario La voz de Magdala lo utiliza para comunicar un pensamiento místico. De semejante contenido es un poema de época muy posterior: Samaritana. En cuanto al Cantar de los Cantares, del cual inserta un fragmento en el Lázaro, tiene el autor una traducción precedida de un cuidadoso estudio.

Como segundo dato, observamos que el A. busca, deliberadamente, colocar a sus personajes en el ambiente que les es propio. Es un acto creador en que la fragancia del aire, la intensidad de la noche, la tierra toda en su faz física y en su florecer son un mundo inseparable del hombre en cuanto que es él

quien, al incorporarlas a su existir, les da sentido; en este caso, un sentido poético. Así, el ambiente (ya sea paisaje, ya sea interior) constituye parte esencial del relato: es la silenciosa proyección de lo humano hacia las cosas para penetrarlas y sentirlas.

Para darle el entorno se sirve de los siguientes recursos:

1.—Da prefencia a la descripción. Los rasgos descriptivos son constantes y mucho más frecuentes que los narrativos, aunque éstos también se hallen en especial cuando se produce el diálogo. El A. se detiene, con sensorial deleite, en describir detalladamente la bora del día (por ejemplo la tarde), el lugar (el santuario en el monte, o la casa de Sara o de María), los objetos (las frutas en la cena de Lázaro, la "lámpara de aceite", el "vaso de arcilla" o "la mesa de nogal").

2.—Hay abundantes notas sensoriales que ayudan a la descripción y, por tanto, a crear ambientes. Generalmente estas notas son olfativas: "suspiro de nardos que viene de aquella cámara", "fragancia del Líbano", "cedro oloroso", etc. También hay un continuo referirse a árboles, flores, frutos y telas que se muestran en la técnica elaborativa de sus metáforas, por ejemplo: "los duraznos son de un rosado encendido, mejillas son de vírgenes de Jerusalén", la mujer "es bella como una rosa de los vergeles de Jericó; sus miradas son dulces como pasas de Engadís".

3.—Hay un uso de *vocabulario* especialmente escogido y de nombres geográficos que evocan una atmósfera exótica: "cojines de Damasco", "delicado lino de Arabia", "manto de púrpura de Babilonia", etc. Las referencias y los nombres bíblicos se conciertan en el intento de procurar un mundo propio para la obra: citas de los Salmos (como recurso de recogimiento) y del Cantar de los Cantares (como motivo erótico).

4.—Las notas líricas, que aparecen proyectadas en las imágenes, son frecuentes: "Es una arábiga diadema de plata el fragmento de luna suspendido allá lejos, sobre las tierras de Emaus". Es curioso advertir que, con todo y que el relato casi siempre produce una sensación de reposo, las imágenes son, por lo general, de movimiento: "un silencio echa a andar, con pasos de luna, por delante de ellos"; "sus pensamientos aun vuelan errantes".

Como aspecto final hallamos a los personajes incorporándose a ese mundo que, como marco vital, va forjándose simultáneamente alrededor de ellos. Como presencia que inunda y domina el pensamiento de la obra, está la figura del Maestro: hay siempre paz y beatitud cuando aparece; el aire tórnase luminoso; su evocación tiene, en el último momento, la potencia de redimir y salvar.

MA. EUGENIA DENGO DE VARGAS

JOHN MAYNARD KEYNES, Los Problemas de la Inflación de Guerra, Ed. Universitaria, Costa Rica, Trad. Omar Dengo O., 1957, 102 pgs.

La figura y la obra de John Maynard Keynes no necesitan exaltación alguna: los hechos se han encargado de hacerlo. Como lo ha dicho el Profesor Seymour E. Harris "su influencia, tanto en los círculos científicos como en el área de la política, ha sido extraordinaria, y mucho mayor que la que el propio Keynes u otros hubieran podido esperar en 1936".

En este año, vio la luz pública su obra fundamental, la Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero, y fue inmediatamente objeto de críticas, adhesiones, comentarios y traducciones. Al castellano fue vertida en 1943 por el Fondo de Cultura Económica, la ilustrada casa editorial mexicana a la que tanto debe el mundo de habla española; y a todo lo largo de la América Latina la enseñanza universitaria, los trabajos de investigación y las declaraciones de política económica, se han visto igualmente afectados por el pensamiento keynesiano.

Pero, ¿será realmente adaptable el pensamiento de Lord Keynes a las condiciones de las economías sub-desarrolladas? El mismo Profesor Harris que acaba de citarse, y algunos de los economistas norteamericanos que efectuaron en 1944 una serie de estudios sobre la economía de la América Latina, lo han puesto seriamente en duda. Por lo menos en lo que se refiere a las políticas keynesianas de expansión monetaria y presupuestos deficitarios. Dice Harris, en la parte introductoria de tales estudios: "Es de observar también que la expansión monetaria se traducirá, probablemente, en un alza de precios en un plazo mucho más corto (en los países latinoamericanos) que en los países más industrializados, porque la expansión del dinero no va dirigida a poner en actividad recursos desocupados. La expansión monetaria y los presupuestos con deficit han sido plenamente justificados con esos argumentos en los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania, por los economistas keynesianos, en el decenio 1930-40. La expansión monetaria de América Latina se orienta más bien a aumentar los precios, levantar ahorros forzados y, sólo en último término, a hacer más productivos los factores empleados. La expansión del dinero con el objeto de poner en actividad recursos ociosos desempeña un papel secundario. El desempleo se mantiene relativamente a un nivel bajo, y como consecuencia, cualquier aumento en la competencia por factores escasos de producción, dada la bastante inadecuada movilización de los recursos económicos, se traducirá en un alza rápida de los precios". Y de parecido tenor es la argumentación del Doctor Henry C Wallich, otro de los expertos que participaron en los análisis.

Entre los economistas latinoamericanos no se ha producido aún, hasta donde lo sabemos, un estudio teórico completo dedicado a dilucidar el asunto, aunque debe darse crédito a algunos autores de ciertos aportes parciales de valor.

Ahora bien, para llevar a cabo tal estudio, deberá tenerse en cuenta el pensamiento de Keynes como un todo, y no el concepto empequeñecedor y unilateral empleado por algunos de sus críticos y comentaristas.

Porque, si su teoría se concibe estrictamente como una teoría de la depresión y la desocupación, sería muy poco el tanto en que ella podría sernos útil en la forja de instrumentos analíticos de la realidad latinoamericana, dadas las especiales características de ésta. Y, desgraciadamente, ésa pareciera ser la idea limitativa que priva, no sin alguna razón aparente, en ciertos autores. No sin alguna razón aparente, decimos, porque en efecto, la Teoría General se modeló frente al espectáculo impresionante de la depresión mundial de los "treintas" y porque el problema que Keynes tenía en mente analizar y resolver era el de la desocupación masiva que venía aquejando a los grandes países industriales. En apariencia, entonces, su doctrina versa sobre situaciones de deflación.

Cediendo a esa impresión, el Profesor Haney—por ejemplo—coloca de segunda, entre las que llama las presunciones básicas de la Economía de Keynes, la de ser una "Economía de Depresión". Y, expresa o tácita, ésa es la posición de no pocos comentaristas. Si la Teoría General es realmente una teoría general, como afirma Keynes en el Capítulo I de su obra, ("...sostendré que los postulados de la teoría clásica sólo son aplicables a un caso especial, y no en general..."), es algo que no parece preocupar mucho ni aún a los mejores

intérpretes y a los discípulos más leales. Claro que todos resaltan su generalidad en lo que hace a la posiblidad de diferentes casos de desempleo, es decir, de diferentes grados de insuficiencia de la demanda frente al productor correspondiente a un eventual estado de ocupación plena; pero no parecieran darle importancia, ni aun teórica, al caso restante, el de la demanda excesiva—a los precios existentes—frente a dicho producto, es decir, el de la inflación, que sin embargo debería conocerse, estudiarse y destacarse claramente en apoyo de la generalidad, de la generalidad total de la teoría.

La razón, naturalmente, no es de orden teórico sino práctico. El mayor número de los comentaristas keynesianos pertenece a los grandes países industriales, en los cuales, en períodos de paz, la amenaza al sistema económico estriba no en un exceso sino en una deficiencia de la demanda. Con esa preocupación práctica en mente, los economistas se desentienden generalmente del caso de la inflación por parecerles irreal, salvo en circunstancias de guerra u otras igualmente extraordinarias.

Hay desde luego excepciones, importantes excepciones: recordemos a los Doctores Klein y Dillard, quienes tienen en sus obras introductorias a Keynes, sendos capítulos sobre el caso de la inflación. Ambos definen por cierto muy bien el punto de la generalidad de la teoría keynesiana.

La verdad es que, aunque el estímulo inmediato que tuvo Lord Keynes fue la depresión mundial de los "treintas" y aunque su preocupación urgente fuera la de combatir la desocupación existente entonces, el aparato teórico presentado en la Teoría General es igualmente adecuado para explicar y dar indicaciones de cómo combatir la depresión, y para explicar y dar indicaciones de cómo combatir la inflación. Y la verdad es que aunque la argumentación de la Teoría General se refiere en su totalidad, prácticamente, al caso o casos de depresión, (el término "inflación" no aparece más que dos veces en el Indice Analítico), el mismo juego de variables, el mismo modelo de fuerzas fundamentales, es apto para hacer el diagnóstico de la inflación.

Si una inversión de monto menor a la diferencia entre el ingreso corespondiente a ocupación plena y el consumo, da lugar a la demanda insuficiente que explica la depresión y la desocupación, una inversión de monto mayor a tal diferencia da lugar a la demanda excedente—a los precios existentes—que explica la inflación. La teoría es entonces realmente general, tal como lo pretendía su ilustre autor, porque es de aplicación a todos los casos.

Una consideración cuidadosa de la Teoría General necesariamente conduce a esa conclusión. Pero por si pudiera quedar un adarme de duda, Lord Keynes se encargó, él mismo, de destruirlo al realizar en los últimos meses de 1939, con motivo del estallido de la Segunda Guerra Mundial, en una serie de artículos que publicó en The Times de Londres y que posteriormente fueron recogidos bajo el título de How to Pay for the War, un estudio que trata directamente el caso de la inflación. En verdad, el caso de la inflación con motivo de la guerra. Pero de él es bien sencillo inferir el caso de la inflación en tiempos de paz que es, aunque con diferencias precisas, el mismo. Así quedaron entonces cubiertos por el autor de la teoría, de manera expresa, todos los casos en que ella es aplicable.

How to Pay for the War tiene entonces, por encima de la finalidad concreta para la que fue realizada, el carácter de utilísimo complemento de la Teoría General, y la importancia para economistas, profesores y formuladores de la política económica de los países sub-desarrollados, de referirse—de manera muy clara y en términos cuantitativos—al caso más frecuente en ellos: el de una demanda monetaria creciente cuando ya todos los recursos productivos están ocupados y se está produciendo al máximo de la capacidad nacional en el corto plazo. Demanda motivada—tratándose

de los países sub-desarrollados—no por los gastos de una guerra, como en la situación analizada por Keynes, sino por el impacto de programas de obras públicas o de fomento económico muy intensos; en general—podríamos decir—por políticas enderezadas a incrementar, a un ritmo deliberado, los muy bajos ingresos nacionales. Nótese entonces por qué es que previnimos, más arriba, el error de estudiar la aplicabilidad del keynesianismo a la América Latina con base en el concepto limitado que hace de él una "Economía de Depresión".

Afortunadamente nuestro problema no es—y la esperanza y el deseo son los de que no vuelva a serlo de nadie—el de cómo financiar una guerra o el de cómo financiarla sin inflación, sino el de cómo promover, sin desatar las fuerzas inflacionarias, el desarrollo de nuestras retrasadas economías.

Muchos estudios importantes se han realizado en este sentido entre nosotros, especialmente por parte de la Comisión Económica para América Latina. Pero nos parece que este libro de Lord Keynes—pese a su referencia bélica circunstancial—tiene una utilidad básica, aunque, posiblemente, no específica para la afanosa construcción de cada vez más perfectos instrumentos analíticos de la realidad latino-americana.

RODRIGO FACIO Prólogo a la edición española